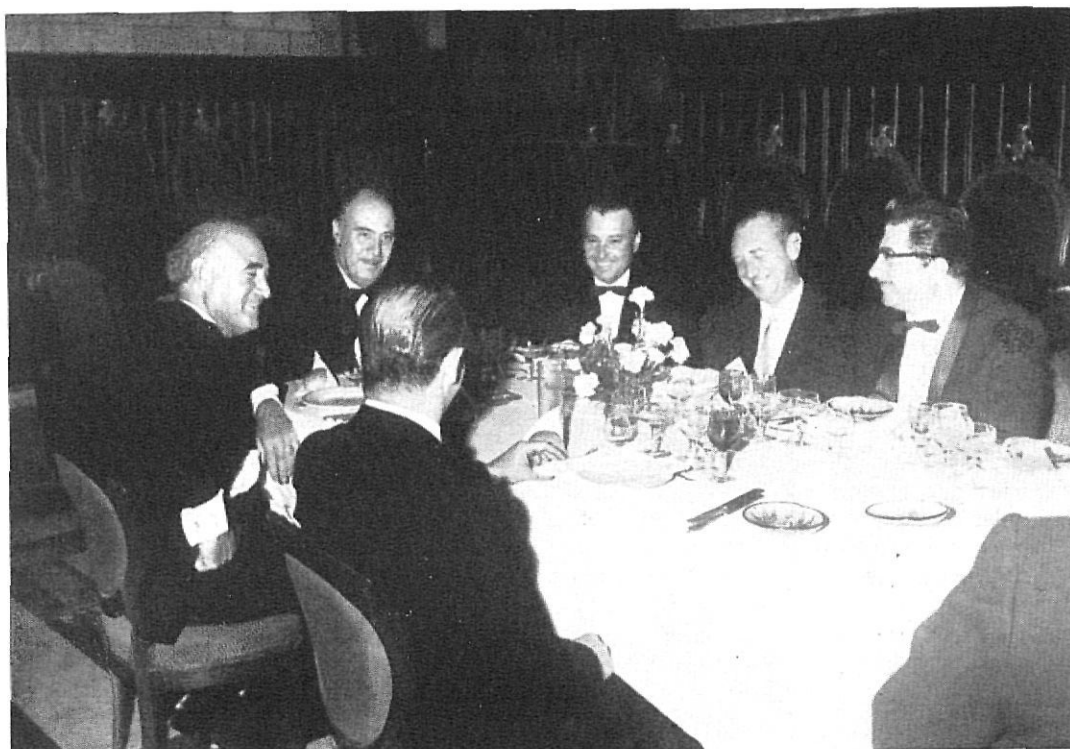




El Jurado

Los Premios Literarios por Francisco Cáceres Galán

Al escritor le piden una colaboración literaria y, en esta ocasión, como en la mayoría de las ocasiones, accede complacido. El autor ha obtenido un premio literario y tal vez por eso le han pedido unas líneas para esta gran REVISTA DE GERONA en las que hable, precisamente, de los «Premios Literarios».

Confieso que con los datos que poseo sobre este «fenómeno» de la cultura podría llenar varios centenares de páginas. Pero me reservo tarea semejante para cuando mi madurez, mi madurez literaria, si llega algún día, me permita desarrollar el tema con dimensiones más amplias. Pues son tantos los concursos nacionales e internacionales instituidos en lo que va de siglo, tantos los galardones académicos creados para glorificar a los literatos, que no extrañaría a nadie si el siglo XX fuera llamado «El siglo de los concursos literarios» en los futuros manuales de Literatura.

Sólo en lengua catalana, pongo por caso, se han creado casi medio centenar de premios. Los que se convocan en lengua castellana son incontables. Ya se habla, incluso, de «inflación de premios».

Ante este grave problema — supuesto que el problema sea grave — no falta quien se declare a su favor junto a los que no disimulan su pesimismo. ¿Quién está en posesión de la verdad? Aquí también, una vez más, entramos en la vía de la opinión de los mortales.

Dejemos el problema. Ya he dicho que me reservo la tarea. Aunque tal vez nunca llegue a realizarla. Díaz-Plaja, en un artículo dedicado a la «Profesión de escritor», ha tocado la llaga de las deficiencias de tal profesionalidad. «...por sí sola — dice — no alcanza a sostener una existencia digna, exigiendo al escritor, como a tantos españoles, una actividad de pluriempleo que es una lastimosa lacra de la vida activa del español de hoy. Generalmente este pluriempleo suele establecerse conllevando la actividad literaria con la de profesor o la del burócrata, sistema de trabajo bastante penoso, ya que, en uno y otro aspecto, esta actividad profesional invierte una cantidad de horas de trabajo muy superior a la que una pintoresca y ya superada idea de la burocracia hace suponer».

En efecto, el sistema de trabajo es penoso. Como no soy profesor, no puedo opinar sobre el aspecto referido a los profesores-literatos. Pero sí soy *burócrata*. Por lo tanto, como empleado público, sé que el ilustre académico está en lo cierto cuando afirma que ya está superada la pintoresca idea de la burocracia. Aunque todavía no falta quien cree que se puede escribir un soneto o el capítulo de una novela entre expediente y expediente en las oficinas públicas, o entre asiento y asiento de contabilidad en las oficinas privadas. Y aquí entramos en la realidad

de la actividad: «la cantidad de horas de trabajo» que invierte el escritor-borócrata.

Al escritor no le arredran ni le abruman esas horas. La prueba es la legión de escritores que concurren a los certámenes literarios.

A mí me sucede con José M.^a Gironella lo mismo que a él con Julián Marías: «mientras lo leo voy asintiendo por dentro, mi corazón dice sí, no sólo a cada frase y a cada palabra, sino incluso a cada letra, pues cuando un texto impreso repercute positivamente en nuestro interior, acabamos paladeando hasta su carácter tipográfico». Digo esto, porque leyendo la conferencia que Gironella pronunció en el Ateneo de Madrid el año 54, «¿Por qué el mundo desconoce la novela española?», yo iba asintiendo por dentro y mi corazón decía sí en cada una de las posibles causas que expone con un balance que califica de «desolador». Aunque se refiere, esto hay que decirlo, a la novelística anterior a nuestra guerra civil. Pero que no dudaría, estoy seguro, en decir lo mismo ahora de los autores de la postguerra. También es verdad que quizá el balance no fuera tan «desolador»; pero poco más o menos.

Si el siglo que él analiza hasta el año 36 lo cubre con una docena de «prominencias», de novelistas puros que han obtenido algún éxito en el extranjero, pocos más podríamos añadir a la nómina de los que triunfan hoy más allá de nuestras fronteras.

Las consecuencias son las mismas que destaca en dos conclusiones contundentes: la primera, «el esteticismo, la excesiva preocupación estilística». Aunque ésta, dicho sea en favor de nuestra novelística, algunos ya la están echando por la borda. Lo que por otra parte, lo que ganan o pierden nuestras letras con esta postura, está por ver todavía. Y la segunda, «la creación de una novelística hermética, de interés local, seccionada del cordón umbilical que cruza las fronteras». Causa ésta que también tiende a desaparecer. Podría citar autores que lo confirman, pero citaré uno solamente. Uno que está en la mente de todos por sus años y sus méritos. Un «individuo ambicioso y de auténticas condiciones», al decir de Joaquín Molas: Terenci Moix. En efecto, Moix describe en su novela «Onades sobre una roca deserta», la obra ganadora del primer «Premi Josep Pla, 1968», las andanzas de un joven que recorre Europa en un coche deportivo. Y como Terenci Moix, otros muchos han cruzado la frontera para liberarse de la creación hermética. Como el mismo Gironella, viajero infatigable, agudo husmeador y observador «in situ» de lo que acontece a lo largo y lo ancho de la geografía universal.

Pero las deficiencias de la profesión de escritor a que aludía más arriba, no permiten esas «salidas al extranjero», tan necesarias hoy día al que escribe. Porque no olvidemos que los medios actuales de comunicación — prensa, radio, cine, televisión, etc. — ponen a los lectores en contacto con el mundo exterior de tal modo, que los temas de «interés local» han perdido el «interés».

Pregunto: ¿puede un escritor casado, con hijos, con empleo fijo, abandonarlo todo para correr mundo? ¿Puede hacerlo? ¿Debe hacerlo? Otra vez volveríamos a entrar en la vía de la opinión. No obstante, si realizásemos una encuesta entre los escritores que se hallan en esas circunstancias, un porcentaje muy elevado no dudaría en declarar que no es posible. ¿Solución? Invertir más horas de trabajo. Por la noche, los fines de semana, incluso durante las vacaciones. Lo sé por propia experiencia. ¿Lo hacen por dinero? ¿Para alcanzar gloria? Dudo mucho que el escritor auténtico lo haga pensando en la gloria o el dinero.

El hombre que dedica su tiempo a crear lo hace porque tiene necesidad de comunicar a sus semejantes lo que él siente del tiempo en que vive. Pues «la satisfacción interna sentida por el escritor ante la propia obra es una forma de triunfo esencial, la gloria suprema de nuestra conciencia», dice certeramente Martín Alonso. Pero ¿cómo comunicar los sentimientos a los demás? Hay que editar el libro.

Bien. Ya está escrito el libro. Se recorre una editorial, otra, muchas editoriales. Y a veces, sin conocer la obra, la rechazan. Por sistema. Porque no entra en los programas comerciales. O por lo que sea. A veces, también, porque no les gusta el apellido del autor. «Cuando la casa Flammarión — cuenta Gironella —, en 1949, aceptó traducir al francés mi novela «La Marea», tuve que oír la siguiente peregrina declaración: «Monsieur, su apellido de usted (Gironella) nos ayudará. Muchos franceses, al leerlo, creerán que es usted italiano». Sin comentarios.

Sí, podría llenar algunos centenares de folios sobre los premios literarios. Podría decir muchas cosas. Buenas y menos buenas. Silencio las menos buenas, porque tendría que decir, por ejemplo, que no deberían otorgarse premios sin garantías de publicación. Porque tendría que decir... lo que es preferible callar. Aunque también diría, en el capítulo de las cosas buenas, que, gracias a los premios literarios, los escritores (no todos, pero sí muchos) no tienen que ir de editorial en editorial ofreciendo «su mercancía», mostrando «el terrible mendigo desdeñoso que llevamos dentro los literatos», al decir de Unamuno. (Aunque, como él dijo también, «no toda limosna es limosna de dinero»). Y diría, siquiera sea por la dosis de estimulante que recibe el escritor premiado, lo que supone para una vocación que varios señores, generalmente entendidos, le digan con su veredicto: «sigue adelante». Aunque no se sepa si la obra premiada va a ser publicada o no. Porque ese «sigue adelante» es el incentivo que mueve el deseo de proseguir la creación. Y el escritor sigue escribiendo, aunque sólo sea sobre temas de «interés local», con la esperanza de que algún día conocerán sus semejantes lo que él pretende comunicarles. Acaba una obra y la presenta a un concurso. Acaba otra obra y vuelve a presentarla. Se las premien o no, se las publiquen o no, él continuará reflejando su tiempo.

El autor de este trabajo y ganador del Concurso Literario Inmortal Ciudad de Gerona 1968, Sr. Cáceres, con el escritor José M.^a Gironella.



Los premios literarios son puertas abiertas por las que pueden entrar todos los escritores. Las puertas de acceso al reconocimiento de lo que se hace con ilusión y entrega. No son las puertas del encumbramiento. Ni las puertas de la fama. Esto no lo puede conceder un premio literario. Ni siquiera el Premio Nobel, al que sólo se accede previamente laureado y encumbrado.

No obstante, un hecho positivo se desprende de tantos premios: el interés que demuestran ciertas entidades oficiales y particulares por mantener vivas las vocaciones literarias. Interés que merece el agradecimiento unánime, porque cons-

tituye una meritoria aportación al acervo cultural de nuestro país. El tiempo cernerá la producción y separará la harina del salvado. Como ha sido siempre. Como siempre será. Nombres señalados sobresalen y son tenidos en cuenta más allá de nuestras fronteras. La mayoría de ellos han surgido, año tras año, de los premios literarios. De los muchos premios literarios que han proliferado en nuestra patria. Lo que demuestra que, aunque se hable de «inflación de premios», más abundante será la harina. Por lo tanto, «por mucho pan nunca es mal año».